

CARTAGO

ROSS LECKIE

CARTAGO

La trilogía de Cartago III

Traducción de María Luz García de la Hoz



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Carthage*

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición: noviembre de 2014

© Ross Leckie, 1998

Published by arrangement with Canongate Books, Ltd,
14 High Street, Edinburgh EH1 1TE

© de la traducción: María Luz García de la Hoz, 2014

© de la presente edición: Edhasa, 2014

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º, unidad C

C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

(OC) ISBN: 978-84-350-6213-8

ISBN: 978-84-350-6197-1

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 17708-2014

Impreso en España

Conticuere omnes intentique ora tenebant
inde toro pater Aeneas sic orsus ab alto:
infandum, regina, iubes renouare dolorem,
Troianas ut opes et lamentabile regnum
eruerint Danaï, quaeque ipse miserrima Uidi
et quorum pars magna fui. quis talia fando
Myrmidonum Dolopumve aut duri miles Ulixi
temperet a lacrimis? et iam nox umida caelo
praecipitat suadentque cadentia sidera somnos.
sed si tantus amor casus cognoscere nostros
et breviter Troiae supremum audire laborem,
quamquam animus meminisse horret luctuque refugit,
incipiam

Callaron todos, puestos a escuchar con profunda atención, y enseguida el padre Eneas habló así desde su alto lecho: «Me mandas, oh, reina, que renueve inefables dolores, refiriéndote cómo los dánaos asolaron las grandezas troyanas y aquel miserando reino. Espantosa catástrofe que yo presencié y en que tuve gran parte. ¿Quién, al contar tales desastres, quién, aunque fuera uno de los mirmidones o

de los dólopes, o soldado del implacable Ulises, podría contener el llanto? Ya la húmeda noche se precipita del cielo y las estrellas que van declinando invitan al sueño. Mas si tanto deseo tienes de conocer nuestras aventuras y de oír brevemente el supremo trance de Troya, aunque el ánimo se horroriza a su solo recuerdo y retrocede espantado, empezaré».

Virgilio, *Eneida*, II, 1-13

Cronología

- 814 a.C. Fundación de Cartago.
- 753 Fundación de Roma.
- 509 Expulsión de los reyes; nace la república romana.
- 496 Roma aplasta a los latinos en la batalla del lago Regilo.
- 338 La Campania se incorpora al Estado romano.
- 310 Los romanos invaden Etruria.
- 280-275 Pirro de Épiro invade Italia y es derrotado.
- 264-241 Primera guerra entre Roma y Cartago.
- 247 Nace en Cartago Aníbal Barca.
- 236 Nace en Roma Publio Cornelio Escipión, más tarde llamado «el Africano».
- 234 Nace en Túsculo Marco Porcio Catón, más tarde conocido como «el Censor».
- 218-202 Segunda guerra púnica.
- 216 Los romanos son derrotados en la batalla de Cannas.
- 202 Batalla de Zama, África; Aníbal es derrotado.
- 200 Roma declara la guerra a Macedonia y al rey Filipo V. Nacimiento de Polibio en Megalópolis.
- 197 Batalla de Cinoscéfalos. Filipo es derrotado.
- 184 Catón es elegido censor. Nace en Roma Publio Cornelio Escipión Emiliano Africano.

- 182 Muerte de Escipión el Africano y de Aníbal Barca.
- 168 Los romanos derrotan a los macedonios en la batalla de Pidna.
- 167 Abolición de los impuestos directos de los ciudadanos romanos.
- 149 Muerte de Catón el Censor. Tercera guerra púnica.
- 148 Cuarta guerra macedónica.
- 146 Destrucción de Cartago. Destrucción de Corinto. Macedonia se convierte en provincia romana. La república romana llega a su cenit.
- 129 Muerte de Publio Cornelio Escipión Emiliano Africano (por entonces también conocido como Numantino, en homenaje a su conquista de Numancia).
- 118 Muerte de Polibio.

Prólogo

Soy Polibio, un príncipe, un griego, aunque escriba esto en Roma. Llegamos aquí desde Cartago y la destrucción. Escipión, a quien sirvo, aún se despierta por las noches sudando, gritando al recordar lo que hemos visto... y hecho. Ni siquiera en Sofonisa, su esposa, es capaz de encontrar el consuelo que busca.

¿Qué hemos hecho nosotros? Debería decir qué hizo «él», pues fue Escipión quien se dejó convencer por Catón para ir a la guerra, al frente del ejército romano, y para arrancar a Cartago de sus raíces como si fuera un olivo viejo que se interpusiera en un camino nuevo. Y ahora Escipión no puede soportar lo que hizo.

Así funciona la historia, implacable como la noche y tan ineludible. Es de suponer que lo sé, pues aunque nacido de alta cuna, ahora soy un historiador y un erudito que escribe la historia del auge de Roma y de la caída de Cartago, en el mismo año en que Roma también destruyó la ciudad griega de Corinto, grande en otro tiempo.

Luché en otra ocasión contra los romanos. Ya no me parece prudente. Los griegos perdimos la batalla de Pidna hace veintidós años y a mí me llevaron cargado de cadenas a Roma como prisionero. Tras años de desdicha, Escipión me rescató. Yo había estado trabajando

como funcionario y traductor en los archivos del Senado, esclavo de inventarios, declaraciones y escrituras. Pero Escipión se dio cuenta de que yo prometía. Yo... Ya está bien de hablar de mí. No necesito escribir nada de esto. Mis obras bastarán para que se me recuerde.

Estuve presente en la caída final de Cartago. Escipión me indicó que registrara la acrópolis de la ciudad en busca de papeles, y en particular en busca de algo que pudiera confirmar la duplicidad de Catón. Si algo he logrado para demostrarlo, no lo sé.

Encontré gran cantidad de documentos. Al parecer, Hanón había ordenado que se trasladara la mayor parte del archivo a la ciudadela, por seguridad. Todo lo que encontré relacionado con ello está aquí. Pero lo que leí me llevó a buscar más, no sólo aquí en Roma, sino también en Capua, en Neápolis y en otros lugares.

Los romanos adoran los archivos. La suya es una raza que necesita sentirse segura. Es costumbre de este pueblo que, a la muerte de un hombre, toda su correspondencia sea guardada, en la oficina apropiada, con su testamento. Así que he tenido muchos archivos en los que rebuscar, todos ellos catalogados y en perfecto estado.

Y gracias a Escipión, he tenido acceso total a los archivos de la República, a los discursos del Senado, a todos los papeles de Catón e incluso a su antigua habitación en la Curia, que a mi juicio se ha conservado como si fuera un santuario. Allí todavía quedan cajas llenas de papeles sin leer.

Este libro es el resultado de mis investigaciones. Aquí, principalmente, está Hanón, el hijo bastardo del gran general Aníbal, el que estuvo a punto de destruir Roma. Y aquí también está el hombre que fue cartógrafo

de Aníbal, luego secretario de Escipión el Africano y finalmente guardián de Hanón. La vida de Bostar de Calcedonia es una vida extraña, incluso comparada con los miles de modelos de vida humana.

Su diario estaba escrito en un griego bastante culto. Espero haberle hecho justicia, a pesar de que el latín no es un idioma fácil para traducir del griego. Le falta la elasticidad y la fecundidad de la reina de las lenguas. Hanón escribió sus memorias en púnico, el idioma de los cartagineses. Es flexivo y difícil, pero afortunadamente es una lengua que he conocido toda mi vida. Desde su fundación, la ciudad donde nací, Megalópolis, en Arcadia, comerciaba constantemente con Cartago. Mi niñera, Salambó, era cartaginesa y yo aprendí el púnico con ella.

Para Roma, si bien entre bastidores en mi historia, es Escipión, el hijo del gran Escipión el Africano, el que salvó Roma, pero no pudo salvarse a sí mismo; debería añadir hijo bastardo, pues el Escipión al que serví era como Hanón: dos bastardos condenados en vida a buscar la muerte del otro. ¿Quién necesita la ficción de los poetas cuando tenemos hechos como éstos?

Aquí también veremos a Catón, un hombre nacido de la nada, senador y más tarde censor y, por motivos que pueden no quedar reflejados en lo que sigue (eso queda a vuestro juicio), enemigo encarnizado de los Escipiones... y de Cartago.

He añadido alguna nota ocasional de explicación o exégesis, y también hay aquí otras voces que se expresan. La selección es mía, idiosincrásica, y busca únicamente reproducir la vida. Como dice Sófocles en su Antígona: «πολλὰ τὰ δεινὰ κούδὲν ἀνθρώπων δεινότερον ἶπέλει». «Mu-

chas son las maravillas, pero ninguna tan extraña como el hombre». Así pues, lo que sigue no es historia. Es un estudio de las fuerzas que dan forma al mundo, por mucho que los hombres intenten esculpirlo de otra manera.

La historia oficial que estoy escribiendo dice que Cartago cayó. Dejemos que este otro libro, sus fantasmas, sueños y voces, cuenten cómo y por qué. Dejemos que sea un compañero de mi historia, e incluso que aporte a la historiografía algo nuevo: «historia pragmática», incluyendo el estudio de documentos contemporáneos y de memorias, por llamarlas de algún modo.

Pero si las preguntas cómo y por qué son sencillas, las respuestas son complejas. Eso es debido a que, evidentemente, se basan en personas: en sus aspiraciones, miedos y flaquezas caprichosas; en defectos fatales; y, sobre todo, en la ambigüedad de la acción. Como creo que muestra esta obra, se debe a una serie de errores que unos Estados crezcan y otros caigan. No hay un esquema preestablecido. Sólo existen los desastres que algunas personas generan, aunque no podamos decir por qué, y los sueños de otras. Los Estados surgen entremedias, y Roma no se está expandiendo. Se está realizando. Es un hecho inalienable de la historia que algunos encuentran en su camino.

Así pues, una mezcla, un mosaico; *tesserae* sería la palabra latina para lo que aquí se describe. Es una historia que ha entrado ya en la lábil niebla del recuerdo. Como aconseja Aristóteles con las obras de teatro, «suspended la incredulidad». No esperéis coherencia ni una cronología disciplinada en este texto. Casi todas estas vidas han terminado. Sólo las marcas en la cera y en los pergaminos demuestran que alguna vez han existido.

De las memorias de Hanón, encontradas entre sus papeles en la acrópolis de Cartago

Estamos rodeados. Han atravesado las murallas y ocupado la ciudad, menos la ciudadela en que me encuentro; yo, Hanón, hijo de una leyenda y de una esclava; Bostar, encorvado por los años, que ha sido mi guardián, mentor y amigo, el padre que nunca tuve; Fetopa, mi esposa, a la que aprendí a amar de tantas maneras como formas tiene la lluvia.

Aquí conmigo también están nuestros cuatro hijos, que Fetopa abraza como una gallina a sus polluelos cuando oscurece; Artijes, médico y hombre versado en muchas materias; Halax, rico en conocimientos sobre plantas y animales, jorobado pero amigo mío; Tancino, en tiempos romano y ahora apátrida; algunos cientos de hombres que han permanecido conmigo hasta el último rayo de esperanza y resistencia. Y tengo los libros sagrados, el alma de Cartago.

En la cima de la montaña sagrada Jebel-bou-Kournine sigue ardiendo nuestra llama. Esta noche veré su luz y nuestra fuerza se renovará. Nos burlaremos de los romanos. Las murallas que nos rodean son macizas y fuertes, construidas, según dicen las leyendas, no por un hombre cualquiera, sino por Tanit-pené-Baal, gran diosa de

la luna y el olvido. Tenemos tiempo, agua y comida. Ningún romano, ni siquiera Escipión, le ayude quien le ayude, podría conocer todos nuestros almacenes y cisternas secretas, excavadas a gran profundidad en la roca viva cuando Roma no era más que un puñado de casuchas al lado del río Tíber. Así pues, que busquen refugio entre las ruinas de este sol estival que golpea, machaca y achicharra el cerebro.

Desde aquí puedo ver el mar, oír el sonido de las olas, el incesante silbido. Y desde el mar podría llegar ayuda antes de que yo haga lo que, si no hay más remedio, tendré que hacer. La madera está lista y seca. La pira está preparada. Pero mientras, permitid que escriba –yo y otros también– cómo hemos llegado, una vez más, a que Roma esté enfrentada con Cartago.

Comienzo algo que ya casi está terminado. Vuelvo atrás, muy atrás. A Macedonia y a un muchacho que espera, espera a su padre Aníbal. Sí, empezaremos por ahí. Cerraré los ojos al alboroto de mi pueblo. Ciego, veo. Abro los ojos de nuevo, con el sudor perlado mi frente por el calor, el hedor de mucha gente y la falta de viento, y con los ojos fijos en la vitela que tengo ante mí y en la punta de la pluma de ganso, escribo.

Carta encontrada entre los papeles de Catón, conservada en los archivos de Roma

A Marco Porcio Catón, censor, en Roma; Quinto Vitelio Tancino, enviado especial en Sicilia, salud. He seguido tus órdenes al pie de la letra. Tras salir de Roma y asegurarme de que ninguna persona que coincidiera con las descripciones que me diste zarpara de Ostia, pregunté en todos los puertos del litoral sudoccidental: Miseno, Neápolis, Posidonia, Elea y Regio. No encontré ni rastro de ellos. Así que llegué a la conclusión de que Bostar y el bastardo Hanón no se habían dirigido, como temías, hacia el sur, rumbo a Cartago.

No obstante, fui hasta Sicilia y, utilizando tu salvoconducto y tu oro, pregunté en Panormo y en Messana. Nada. En Agrigento y Gela. Nada. Sólo en Siracusa encontré buenas (y costosas) noticias. Una galera llamada *Apolodoro*, una birreme veloz, cuyo capitán era Trimalción, un ligur. El tal Bostar la contrató hace unos cinco meses. Trimalción no entregó ningún itinerario al capitán de puerto, como era su obligación. Pero todas mis fuentes han coincidido: el *Apolodoro* zarpó hacia el este con provisiones suficientes para un largo viaje. Pregunté al intendente del puerto. Recordaba claramente la transacción; entre otras cosas raras, el tal Bostar insistió en llevar un

gran paquete de esa extraña resina, bdellium. ¿Adónde han ido? ¿A Acaya, al Épiro, a Macedonia? ¿A Asia, a Licia, tal vez a Bitinia, donde dicen que se esconde ese salvaje de Aníbal? Si quieres que busque por el este, sugiero zarpar rumbo a Atenas. Dices que este Bostar es filoheleno. Dondequiera que se hayan dirigido, habrá querido, creo, rellenar los barriles de agua del barco. Espero tus órdenes. Por medio de la misma mano del que te lleva esta carta, envíalas a la casa de Polio, junto al malecón; y envíame más oro.

De las memorias de Hanón

Por el extremo más oriental del mar, bajo la luz agonizante, vi surgir el leve brillo de las velas de un barco. Sentado ante mi cena en la azotea de nuestra villa, supe que era él. Solté la cuchara y aparté la silla de un empujón. Debí de golpear una copa. Oí el tintineo al romperse contra el mosaico del suelo. Sin hacer caso de los gritos de protesta de nuestro criado Arjes, con el corazón acelerado y medio corriendo, atravesé el pasillo, salí por la puerta, resbalando y patinando sobre las piedras musgosas del camino, y me dirigí a toda prisa al pequeño puerto y a la playa.

Allí no había nada. Desde donde me había detenido sólo veía oscuridad al final del embarcadero. Camino de casa, tres palomas cruzaron el cielo sobre mi cabeza. Mar adentro, una gaviota volaba sobre las olas ondulantes y lánguidas dejando escapar chillidos. Una loa, una elegía, no habría sabido decirlo. Nunca me han gustado las gaviotas. Los marineros dicen que son almas de difuntos.

El viento agitaba los árboles de la colina, que susurraban entre sí como amantes, perdidos en aquello en que creen. Me senté sobre los guijarros, con un repentino escalofrío debido al aire fresco de la noche. Mi padre, mi padre. Lo había esperado tanto tiempo...

Al principio suave y luego con fuerza: ¡Bum, bum!, rasgó el silencio. Levanté la mirada. Nada de viento, un mar prácticamente en calma. Un tambor. El continuo golpeteo de las filas de remos. Pues claro, el viento había brillado por su ausencia. Por eso había tardado tanto. Ya casi era de noche. Hacia poniente, el cielo aún reflejaba una suave y pálida luz. Entonces oí el chapoteo, el lamido, el crujir de los remos.

–¡Hanón! ¡Ha... nnón! –La voz lastimera de Arjes sonó detrás de mí, en la cima de la colina. Miré a mis espaldas y vi su lámpara. Me levanté. Con cuidado, ya que las maderas del embarcadero estaban agrietadas y reseca-s, seguí adelante.

Percibí la forma del barco antes de verlo, una masa en la oscuridad.

–¡Cubierta uno, remos fuera! –oí gritar al oficial de cubierta–. ¡Cubierta dos! –Deslizándose en silencio, la galera llegó casi a mi lado. Agité las dos manos.

–¡Padre! –exclamé–. ¡Pa-dre! –Y después, con un ágil salto, un hombre se plantó en el embarcadero, a mi lado, y me cogió en sus brazos. Si él me hubiera visto, se me hubieran llenaron los ojos de lágrimas.

Reconocí su olor. Con la cabeza acurrucada en su hombro, empecé a entender, a querer gritar «¡No, no!». Aunque con la angustia también sentía esperanza. No podía respirar. Le puse las manos en los hombros, me aparté y, a la luz de las antorchas que ardían a lo largo de los asientos de los remeros, levanté la vista para mirarle la cara. No era la del hombre que había soñado y esperado ver. Pero era la de mi amigo más querido, mío y de mi padre.

–¿Bostar? ¿Bostar? –susurré.

Lo vi en sus ojos, aquellos profundos y oscuros pozos que habían seguido a mi padre por los Alpes y habían visto morir a mi hermanastro y... Tenía una expresión circunspecta. Su mirada era seria. La boca indicaba tristeza. La abrió para hablar.

–¿Tus bultos, Bostar de Calcedonia? –Reconocí la voz de Trimalción, el capitán del barco, porque habíamos venido a Macedonia con él.

Sin dejar de rodearme con los brazos, Bostar dijo:

–¿Tú qué crees, so idiota?

Me sobresalté. Nunca le había oído hablar así.

–Los han llevado a la casa, Trimalción –prosiguió Bostar–. Ven a verme por la mañana. –Había cansancio y tristeza en su voz. Se debía, ahora lo sé, al sufrimiento.

Bostar se volvió hacia la orilla del mar.

–Vamos, Hanón –dijo quedamente.

–Pero ¿y mi padre, Bostar? ¿Y mi padre?

–Ahora no, Hanón, ahora no. Vamos.

Entonces pensé que era cruel. Ahora ya no lo creo.

Vi la lámpara de Arjes que llegaba balanceándose hacia el embarcadero. Seguí a Bostar, al porteador y a Arjes en dirección a casa. Quizás había nubes, o viento, o algún chubasco lejano. Pero mientras volvía, habría jurado por Moloch que en el cielo que me cubría vi desaparecer las estrellas una tras otra.

De esto hace ya muchos años. Yo era un niño. Ahora soy un hombre y en consecuencia he de dejar de portarme como un niño. He conocido la alegría del amor y no he sentido miedo. ¿Será porque también he conocido las formas del dolor?

Bostar declinó el ofrecimiento de Arjes de darse un baño y, con un ligero gesto hacia mí, se dirigió hacia su habitación con aire de llevar auestas terrores innombrables. Arjes me preguntó si quería terminar de cenar. Dije que no. Él gruñó y yo también me dirigí a mi cuarto. No dormí. Escuché el ladrido del zorro, el croar de las ranas, el cricrí de los grillos y el grito del búho. Pensé en mi madre, Apurnia, en mi infancia en Capua, en que un hombre extraño y oscuro llegó y me sacó de allí. En lo que él me había contado y enseñado, y cómo lo había intentado. Me adormilé. Soñé que caía, caía y era rescatado por un enorme cisne blanco. Me desperté sudando en un sombrío amanecer y con olor de hogueras procedente de la playa.

Pedí a Bostar que nos saltáramos el desayuno. Él negó con la cabeza.

–Primero comer –dijo. Tenía oscuros huecos sobre los pómulos y nuevas arrugas surcaban la piel que le rodeaba los ojos.

–No tengo hambre.

–Come. –Hice lo que se me ordenaba.

Arjes se llevó los platos. Bostar fijó sus grandes y luminosos ojos en mí, con sus pupilas negras y el blanco lleno de venillas rojas. Me di cuenta de que su barba tenía nuevas vetas grises. Respiró hondo, expulsó el aire y, con la espalda erguida, puso las manos abiertas sobre la mesa, delante de él. Oí que Arjes cerraba la puerta de la cocina.

–Hanón –dijo en voz baja y clara, con tono neutral y comedido–. Tu padre, Aníbal, ha muerto.

¿Qué sentí? No consigo recordarlo.

–¿Qu... qué? –conseguí decir. Bostar cerró los ojos y continuó con tono monocorde.

–Desnudo, solo en una habitación del palacio de Prusias, en Sinope, prefirió quitarse la vida a rendirse a Roma.

Una brisa se coló por la ventana abierta. De la cocina llegaban el ruido y los juramentos de Arjes. Escondí la cara entre las manos, pero tenía que saber más, mucho más.

–¿Veneno? –pregunté, levantando la vista, inclinándome hacia delante. Recuerdo haberme atascado con la palabra latina *venenum*. Entonces solíamos hablar en latín, el idioma con el que me educaron. Gracias a Bostar, llegué a conocer otros idiomas. Ahora todavía conozco más, pero no sé cuál es el mío. Supongo que el púnico. El idioma de mi mujer y de mi pueblo, el idioma de mis sueños.

–No, no fue veneno. Utilizó, utilizó... –Bostar rebuscó en el bolsillo de su túnica– esto. –Sobre la mesa de roble pulido puso una daga metida en su funda. La empuñadura era de la madera más negra que había visto jamás. Quedó entre nosotros como una amenaza, una acusación.

–Dónde... –me aclaré la garganta–. ¿Dónde la has conseguido, Bostar?

–La compré en Bitinia, donde se refugió tu padre, como sabes, o al menos eso creyó él; allí todo puede ser comprado. Incluyendo la vida de un hombre.

–¿Quieres decir que mi padre fue traicionado por el rey Prusias?

–¿Traicionado? No lo creo. Ahora todo el mundo se arrodilla ante los romanos. Éstos enviaron un mensaje a Prusias, con las felicitaciones habituales. Pero su significado era claro: iba a llegar una cohorte para arrestar a tu padre. Prusias podía dejar entrar a los soldados o cortarles el paso y esperar a que enviaran una legión, y luego más.

–¿Así que entregó a mi padre?

–No. Le dijo que iban a llegar los romanos y le ofreció la posibilidad de escapar. «Ahora soy un pájaro demasiado viejo para volar», replicó tu padre. O eso se dice. Los romanos lo encontraron esperando, pero llegaron demasiado tarde.

Las lágrimas aparecieron rápidamente, calientes y rabiosas, procedentes de una parte de mí que no sabía que existiera. Bostar se levantó, cruzó la habitación y, poniéndose detrás de mí, me puso las manos en los hombros y me acarició el cabello.

–Sí, llora, Hanón. Nuestras lágrimas serán el único funeral de tu padre.

Di media vuelta. Él también estaba llorando. Me arrojé en sus brazos. Los sollozos se fueron apaciguando. Mi angustia creció.

–¿Qué, Bostar, qué... –murmuré con la cabeza hundida en su túnica de lana– qué hicieron con el cadáver?

Bostar se irguió, me apartó y se frotó los ojos con los nudillos.

–Ven a la terraza, Hanón. Quiero ver la luz. –Me dio la espalda y se fue a mirar la pálida claridad del Egeo–. Esta será la única vez que hablemos de la muerte de tu padre, Hanón –continuó–. Luego volveremos a tu vida y a la suya a través de ti. Pero tú eres su hijo y su única herencia viva. Tienes derecho a saberlo todo.

Bostar tenía los nudillos blancos mientras asía con fuerza la barandilla de la terraza; su voz era dura y tensa.

–Los romanos tiraron el cadáver de tu padre a una fosa séptica de la ciudad –añadió–. Yo llegué... Yo llegué dos días tarde. Cuando dejé el servicio de tu padre, hace

años, cuando regresó a Cartago, yo no quería salvarlo. Cuando fui a Bitinia, había cambiado de opinión. Demasiado tarde, demasiado tarde.

–Pero ellos no, no...

–¿No qué?

–¿Mutilaron el cuerpo?

–No.

–¿Cómo puedes estar tan seguro?

–Porque hablé largo y tendido con los esclavos que transportaron el cadáver. Ellos respetaban a tu padre, o al menos le temían. Era tan renombrado en Bitinia como en todo el mundo. En fin, uno de ellos, cuyo nombre era Sottos, limpió después la habitación de tu padre. Fue a él a quien le compré la daga que ves en la mesa. Ahora es tuya.

–¿Así que eso es todo lo que tengo de mi padre?

–No, Hanón, no –respondió Bostar con paciencia y dulzura, volviéndose para mirarme–. Tienes su sangre. Llevas su apellido... y su fama.

Despacho con la caligrafía de Espeusipo,
secretario de Catón el Censor, conservado
en los archivos de Roma

Marco Porcio Catón el Censor a Lucio Antonio Régulo, almirante de la Flota Oriental. Cada vez llaman más mi atención las lagunas que hay en nuestras leyes marítimas. No todas las cargas e itinerarios son registrados. En particular, tengo información sobre una birreme llamada *Apolodoro*, cuyo capitán es un tal Trimalción, un ligur. Infringiendo las normas, zarpó de Siracusa sin declarar su destino, y se cree que está por el este. Díselo a tus barcos y a los de nuestros aliados. El *Apolodoro* ha de ser capturado en el acto, su cargamento confiscado y su capitán y pasajeros puestos bajo custodia y traídos ante mí a Roma. Si se resisten a la detención, que sean pasados por las armas. Éste es un asunto vital para la República. Veo en el boletín de esta semana que tu sobrino Falco está buscando un puesto de edil. Estoy seguro de que no me decepcionarás.

Carta encontrada entre los papeles de Tito Licinio Labieno, magistrado de Capua, y conservada en los juzgados de Capua

Mi querido amigo. Si el sello está roto, no leas más y quema esta carta de inmediato. Ni siquiera bajo tortura podrás revelar lo que no conoces.

Estoy seguro de que, como todo el mundo, ya te habrás enterado de la noticia. Llegué a Sinope y me encontré con Aníbal muerto por su propia mano. Tuvimos un viaje muy difícil, luchando contra viento y marea, pero eso no importa ahora. No encontré pruebas de que estuvieran implicados el rey Prusias ni ningún otro. Parece que incluso el brazo de Catón tiene una longitud limitada. Creo que Aníbal sencillamente ya no podía más. Lloramos por él con el corazón dolido. Aunque no ha muerto del todo. Me gustaría verlo cruzar el Leteo, el río del Olvido que en púnico se llama Ashrocket, y rezar por su libertad. Como él hubiera deseado, sigo adelante, y espero que el dolor se desvanezca con el tiempo.

Hace tres días que estoy en Macedonia. Hanón se sintió muy afectado por la noticia. Ahora sólo piensa en la venganza. Crece en él un sentimiento de pérdida, una angustia que yo sólo puedo observar y dejar que siga su camino..., aunque lo estoy tratando con nepente y un poco

de narceína. Díselo a Artijes. Creo que él lo aprobaría. Pero he ideado un plan que le contaré a Hanón cuando llegue el momento oportuno. Aunque Trimalción opina lo contrario, yo no me fío del mensajero al que estoy a punto de entregarle esta carta (un hosco marino ilirio, con la cara picada de viruela y un solo ojo). Te escribiré de nuevo cuando lleguemos allí..., suponiendo que nos encontremos entre amigos.

Mientras, te pido que procedas de inmediato con la tarea que te encomiendo. Es vital que encuentres... [el estado del pergamino impide entender totalmente este pasaje]... Hispala... nombre... norte. Pregunta... to Curcio... ayuda. Plat... banqueros... Massalia, por la puerta occidental. La única manera... evitar... guerra.

Saluda a Artijes de mi parte. Dile a Apurnia que su hijo Hanón está bien, dadas las circunstancias.